



«Miles de recuerdos fijados en pequeños rectángulos de acetato. Miles de huellas indelebles que me ayudan a reconstruirme». / RUBÉN ABELLA

**EL SÉPTIMO DÍA**  
 por Rubén Abella

## Las fotos que no he hecho

Vivo rodeado de imágenes. Acabo de revelar las mil seiscientas dispositivas que tomé en mi reciente viaje a Vietnam –estoy anticuado, lo sé, pero mientras pueda pienso seguir siendo fiel a los haluros de plata–, que se suman a las más de treinta y cinco mil que he ido tomando a lo largo de los años. Todas juntas llenan casi cien archivadores. En total dos estanterías repletas de instantáneas. Como se podrán imaginar, hay de todo. Paisajes. Objetos. Gente. Un rastro prolijo de mis pasos, cronológicamente ordenado, mucho más fiable que mi memoria. Miles de fotografías tomadas. Miles de recuerdos fijados en pequeños rectángulos de acetato. Miles de huellas indelebles que me ayudan a reconstruirme. A completar lo que soy. A inventarme. Y sin embargo, como si eso no fuera suficiente, como si tanta

imagen no bastara, últimamente no dejo de pensar en las fotografías que no he hecho. Las que, por una razón u otra, se me escaparon. Les pondré dos ejemplos.

Harare, capital de Zimbabue, hace ya muchos años. He pasado la noche en un hostel llamado Fala Fala. La habitación es diminuta y no tiene ventanas. De algún lugar del edificio llega el gemido incesante de una tubería. Problemas con la presión, dice la dueña, pero a mi me parece más bien el lamento de África. Por la mañana me echo la mochila a la espalda, salgo a la carretera y me pongo a hacer autostop. Mi destino es Bulawayo, donde quiero visitar a un amigo. No tarda en parar una camioneta que va un poco más allá, a Plumtree. Me acomodo como puedo en el remolque y, agotado por la noche de mal dormir, me dejo llevar

por el sueño. Una hora más tarde, a la altura de Kadoma, el conductor da un frenazo y me despierto. Miro aturrido hacia la carretera y veo un elefante sentado en el asfalto, a escasos centímetros del parachoques delantero de la camioneta. Es un animal portentoso, una mole gris, cuajada de pliegues, con una mirada mansa que no acaba de encajar con el despropósito de su envergadura. El conductor se baja. Apoya las manos en las caderas. Escupe en el suelo. Mira a su alrededor, luego al cielo impoluto, como pidiéndole socorro a las Alturas. Por fin se acerca al elefante, apoya las manos en el lomo y empuja. A él se unen otros conductores. Se alinean a lo largo del descomunal costado y empujan con todas sus fuerzas, como liliputienses tratando de desplazar a un Gulliver impasible y paquidérmico. Hago ademán de abrir la mochila y sacar la cámara, pero de pronto me detengo. Sólo llevo dos días en África y se me ocurre que se trata de una escena habitual, que sin duda no tardará en repetirse. «Ya habrá más ocasiones para hacer fotos», pienso mientras observo maravillado cómo el elefante se levanta lanzando un bramido y, con un caminar aristocrático, sorprendentemente coqueto, sale de la carretera y desaparece en la espesura. Pasé cuatro meses en África y la escena jamás se repitió.

Lao Cai, Vietnam, hace sólo unas semanas. Estoy sentado en las esca-

leras de la estación, matando el tiempo hasta que salga el tren nocturno que me llevará de vuelta a Hanoi. A mi derecha, en el mismo escalón, está sentada también una muchacha de piernas muy largas, con el pelo rubio recogido en una coleta y la piel enrojecida por el sol. «Escandinava», me digo. Frente a ella se detiene un limpiabotas que, apuntándole a los pies con el dedo, se ofrece a lustrar-

No dejo de pensar en las fotografías que, por una razón u otra, se me escaparon

Miles de imágenes inexistentes, con una no-vida paralela a las de mis diapositivas

le las sandalias. Es un joven enjuto, muy bajo, con los ojos suspendidos en una constante sorpresa. Lleva sus cosas –latas de betún, trapos, cepillos– en una cesta de plástico rojo con asas como las que se usan en los supermercados. La muchacha dice

«No, thank you» con una sonrisa tenue, a media asta. El limpiabotas espera unos instantes. Luego vuelve a señalar las sandalias y dice: «Only one dollar». «No, thank you», repite la muchacha con un hilo de voz. «One dollar. Good job», insiste el limpiabotas. De pronto la muchacha esconde el rostro entre las manos y rompe en un llanto inexplicable y convulso. Las lágrimas se abren camino entre los dedos temblorosos y descienden como venas de agua por los largos antebrazos rosados. El limpiabotas vacila. Entonces deja la cesta en el suelo, se arrodilla ante la muchacha y la abraza con una ternura de amigo. Ella se deja abrazar y sigue llorando. Tengo la cámara colgada del cuello pero el pudor me impide usarla. Me pongo en pie y me pierdo entre el gentío de viajeros, taxistas y vendedores ambulantes.

Hay muchas más, por supuesto. Fotos no hechas porque fui lento, porque de repente cambió la luz, por cansancio, porque alguien se movió y dio al traste con la composición. Todas ellas forman un corpus tan copioso como el de las fotos tomadas. Miles de momentos no registrados. Miles de imágenes inexistentes que llevan una no-vida paralela a la de las diapositivas que pueblan mis estanterías. Como las palabras que alguna vez pensamos pero nunca dijimos, se me ocurre. Como las cosas que quisimos hacer y, por una razón u otra, no hicimos.

**Inundaciones en Pakistán**  
**Necesitamos tu ayuda.**

902 22 22 92  
 www.cruzroja.es

